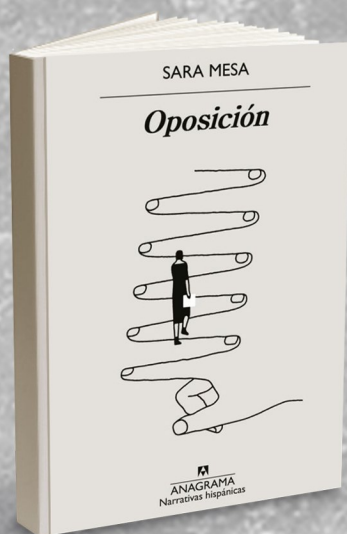


El edificio me abducía. Vaya, pensé, todavía tengo que ejercer más resistencia.



Sara Mesa no ha tenido reparos en admitir que la protagonista de su última novela tiene mucho de ella misma. Silencio administrativo (nuevos cuadernos anagrama, 2019) ya supuso un acercamiento al absurdo, jerarquizado y complejo mundo del entramado burocrático, un sistema que funciona por inercia, consecuencias invariables de instrucciones que forman parte de un programa, que se utilizan repetidamente sin posibilidad alguna de transformación, mejora o fuga, y que finaliza con resultados de dudosa satisfacción para el ciudadano pero con un más que probado éxito para la administración, pues logra mantenerse vivo reproduciendo y retroalimentando su estructura sin dar respuesta a las demandas del solicitante, a pesar de haber sido creado – supuestamente – para tal fin.

Con Oposición, resulta imposible no evocar El Castillo, de Kafka. Esa construcción diseñada para el desarrollo del trabajo funcional donde entra a trabajar la narradora es tan inhóspita, perturbadora, desagradable y difícil de esquivar como las atmósferas que inventara el escritor de Praga. Lo mismo se puede decir del intento de escapar de ellas una vez cruzado el umbral. Porque parece que la misma dinámica que las hace funcionar es la que absorbe a sus empleados ahora convertidos en el sustento vital de la implacable maquinaria.

La experiencia profesional resulta decepcionante. Por más que se esfuerza día tras día en desempeñar sus funciones, no lo logra. Los compañeros se muestran inaccesibles, intratables, inabordables, o si se le acercan le provocan unas veces risas, otras conmiseración o turbación. Dirigirse a un superior para resolver una duda es sinónimo tanto de ofender como de importunar. Toda puerta cerrada aparenta ser un muro infranqueable.

En ese edificio, no tiene forma de experimentar un sentimiento de pertenencia ni de utilidad. Al revés, la única forma en que se percibe a sí misma es angustiada, vigilada, desamparada, infravalorada, cuestionada y, sobre todo, como si fuera la habitante de un planeta donde todo carece de sentido incluso en su aparente coherencia.

Las jornadas son tan aburridas que no le queda otra que sobrevivir permitiéndose pequeños actos de sabotaje, también soltando liberadoras impertinencias. Se lo toma uno a risa o se vuelve tarumba. Lo que no alcanza a calcular, como si hubiera olvidado la lección foucaultiana de Vigilar y castigar, es que estas autoconcesiones conllevan consecuencias. Tras un juicio tan delirante como guasón, llega la sanción. No obstante, el sistema es condescendiente, de forma que es autorizada en un futuro próximo a ser recibida nuevamente siempre que rinda obediencia y se someta sin discusión.



Por un lado, se deja llevar por todos los que parecen formar parte de una confabulación –incluida su madre- para que acepte ser parte integrante. Por otro, un impulso interior le empuja a la huida.

La última novela de esta sevillana no es un libelo infamatorio, es una obra de evasión y creatividad en la que el lenguaje y los juegos de palabras constituyen un refugio. Sada –que hasta de su propio rotacismo se ríe- no juzga a sus personajes, solo los observa, los describe, le sirven de entretenimiento y diversión. Ellos son seres de otro mundo, siempre han vivido en el castillo. Moran con absoluta normalidad, sin cuestionarse nada. No se molestan ni padecen, no oponen resistencia, no comparten sus inquietudes, no la comprenden. Su naturaleza es, sencillamente, otra. Son partes esenciales del engranaje para que siga en funcionamiento, un motivo de honra. Aquellos que se plantean su transformación son unos insolentes.

Susana Guillot (Departamento de Orientación)